

¿si sus amigos, sus parientes y sus iguales le miran con los mismos ojos que vosotros? Y aun quisiera preguntaros, ¿si no son sus buenas prendas lo que en él os desagradan? ¿si no mueven mas la aversion que le teneis sus talentos, su reputacion, su fama y su fortuna, que sus defectos? ¿y si no ha sido hasta ahora todo su pecado para con vosotros la clase en que se halla ó el mérito que la adorna? Muy fácil es el engañarse á sí mismo en este punto; la envidia es una pasion que tiene grande habilidad para disfrazarse; como esta pasion es en sí vil y cobarde y nos manifiesta interiormente nuestra bajeza, siempre se nos presenta con exterioridades extrañas que nos la ocultan; pero registrad bien vuestro corazon, y hallareis que todos aquellos sujetos que os hacen sombra ó que son mas estimados que vosotros, tienen la desgracia de desagradaros; que solamente estimais á los que nada os pueden disputar; que todo lo que os excede ó iguala, os enfada y molesta, y que para poder aspirar á vuestra amistad, es necesario no formar derecho alguno á vuestras pretensiones ni á vuestras esperanzas.

Pero paso mas adelante, y os suplico que me esteis atentos. Quiero concederos que vuestro prójimo tiene aún mas defectos de los que le imputais. ¡Ah! ¿sois tan benignos y cariñosos con aquellos de quienes esperais vuestra fortuna y vuestra colocacion, siendo así que su génio, su soberbia y sus modales os irritan; sufrís su altivez, sus desaires y sus desprecios; disimulais sus inconstancias y sus desigualdades, y no desistís por eso; siempre es vuestra paciencia mas fuerte que vuestra oposicion y repugnancia, y nada dejais de hacer por agradarlos? ¡Ah! si mirárais á vuestro prójimo como á aquel de quien depende vuestra eterna salud, como á quien sois deudor, no de una fortuna de barro y perecedera, sino de la misma dicha de vuestra eternidad,

¿seguiríais para con él la extravagancia de vuestro gusto? ¿no venceríais la injusta oposicion que os separa de él? ¿os costaria tanto trabajo el combinar vuestras inclinaciones con vuestros intereses eternos, y el hacerlos una violencia útil y necesaria? ¿nada rehusais padecer por el mundo y por la vanidad, y teneis por injusticia el que se os pida únicamente que deis un paso trabajoso por la eternidad?

Y no me digais que estas son unas repugnancias de la naturaleza, de las que no podemos dar razon, y que nosotros no somos dueños de nuestros gustos y de nuestras pasiones, porque aunque en parte decís bien, hay otro amor de la razon y de la religion, que debe siempre vencer á la naturaleza. El Evangelio nos pide que os guste vuestro hermano, lo que os pide es que le ameis; esto es, que le sufrais, que le excuseis, que oculteis sus defectos, que le sirvais; en una palabra, que hagais por él lo que quisiérais que los demás hicieran por vosotros. No consiste la caridad en un gusto ciego y antojadizo, en una inclinacion natural, en una simpatía de génios y temperamentos, sino en un amor justo, ilustrado, racional, en un amor que nace de los movimientos de la gracia y de los fines de la fe: el amar á nuestros prójimos solamente por gusto, no es propriamente amarlos; esto es amarse á sí mismo: solamente la caridad es quien hace que los amemos como se debe, y la que puede formar amigos sólidos y verdaderos, porque el gusto continuamente se muda y la caridad nunca muere; el gusto se busca á sí mismo, y la caridad no mira mas intereses que los del objeto que ama; el gusto no resiste á una pérdida, á un mal proceder, á una desgracia, y la caridad es mas fuerte que la muerte; el gusto solamente ama lo que le acomoda, y la caridad se acomoda á todo, y todo lo sufre por el objeto amado; el gusto es ciego, y muchas veces

nos hace amables los vicios de nuestros prójimos, y la caridad nunca aplaude la iniquidad, y solo ama la verdad en los demás hombres; luego son mucho mas constantes los amigos que nos da la gracia, que los que hace la inclinacion natural, pues el mismo gusto que une los corazones, muchas veces en el instante siguiente les separa; pero los lazos formados por la caridad duran eternamente. La injusticia é inconstancia de nuestro gusto es el primer principio de nuestro amor y de nuestro aborrecimiento; el segundo es el interés, porque no hay cosa mas frecuente que el oiros justificar vuestros rencores, diciéndonos que tal persona no ha omitido diligencia alguna para perderos; que ha trastornado vuestra fortuna; que todos los dias os está armando nuevos lazos; que en todos los negocios os encontráis con él, y que es cosa muy difícil el haber de amar á un enemigo tan declarado contra vosotros.

Pero supongo que decís verdad, y os respondo: ¿Por qué quereis añadir á los demás males que os ha hecho vuestro prójimo, el de aborrecerle, que es el mayor de todos, pues con los demás solo ha conseguido quitaros unos bienes frívolos y perecederos, y este pierde vuestra alma y os priva para siempre del derecho que teneis al reino inmortal? Mas daño os haceis á vosotros mismos aborreciéndole, que cuanto pudo haceros toda su malicia. Quiero concederos que ha trastornado vuestra fortuna temporal; pero si vosotros le aborreceis, trastornais todo el fundamento de vuestra salud eterna: demos que os ha usurpado el patrimonio de vuestros padres; pero para vengaros es preciso que renunciéis la herencia del Padre celestial y el eterno patrimonio de Jesucristo; luego viene á caer la venganza sobre vosotros mismos, y para consolaros en los males que os ha he-

cho vuestro prójimo, os disponeis á vosotros mismos un mal sin fin y sin medida.

Además de esto, ¿el odio á vuestro prójimo os restituye las utilidades que él os ha quitado? ¿mejorais así su condicion? ¿qué provecho sacais de vuestro rencor y sentimiento? Os consolais, decís, con aborrecerle, y este es el único consuelo que os queda; ¿pero qué consuelo es, ¡gran Dios! el del aborrecimiento? ¿esto es, el de una pasión infame y violenta, que despedaza el corazón, que derrama la inquietud y la tristeza en nuestras almas y que empieza castigándonos y haciéndonos infelices? ¿Qué gusto tan cruel el del aborrecimiento, esto es, el llevar sobre el corazón un peso de amargura que emponzoña toda la vida! ¿qué modo tan bárbaro de consolarse! ¿No sois dignos de lástima cuando buscáis un alivio para vuestros males, que no hace mas que eternizar con el aborrecimiento una ofensa transitoria?

Pero dejemos este estilo humano. Hablemos con el estilo del Evangelio, al que están consagrados nuestros labios. Si fuérais cristianos, amados oyentes míos, si no hubiérais perdido la fe, lejos de aborrecer á aquellos de quienes se ha valido Dios para trastornar vuestras esperanzas y vuestros proyectos de fortuna, los miraríais como instrumentos de las misericordias de Dios para con vuestra alma, como ministros de vuestra santificacion y como felices escollos que han servido para libertaros del naufragio. En el estado de elevacion y crédito os hubiérais perdido, os hubiérais olvidado de Dios; vuestra ambicion se hubiera aumentado con vuestra fortuna y os hubiera sobrecogido la muerte en la confusion del mundo, de las pasiones y de las esperanzas humanas; pero el Señor, para preservar vuestra alma, os suscitó con su gran misericordia unos obstáculos que os detuvieron en el camino; se sirvió de un envidioso y de un

rival para abatirlos, para apartaros de los favores y ponerle entre vosotros y el precipicio en que íbais á caer y á perecer sin remedio. Favoreció, por decirlo así, su ambicion y sus intentos, y por un exceso incomprendible de bondad para con vosotros, trastornó los vuestros; ensalzó á vuestro enemigo en lo temporal para salvaros á vosotros en lo eterno. Debeis, pues, adorar los designios de su justicia y de su misericordia para con los hombres, mirar á vuestro prójimo como la feliz ocasion de vuestra salud, pedir á Dios que pues se sirvió de su ambicion ó de su mala voluntad para salvaros, le inspire un sincero arrepentimiento y no permita que perezca el que tanto ha contribuido á vuestra eterna salud.

Sí, católicos, nuestros ódios únicamente provienen de nuestra poca fe. ¡Ah! si miráramos todo lo que pasa como un humo que no tiene consistencia, si estuviéramos persuadidos á que cuanto hay en el mundo es nada y que la salvacion es el principal negocio, que nuestro tesoro y nuestras verdaderas riquezas solamente existen en la eternidad, á la que hemos de pasar dentro de un instante; si estuviéramos persuadidos á esto, mirariamos á los hombres que se resienten, se alteran y tienen entre sí disputas y quimeras por las dignidades de la tierra, como á niños que riñen entre sí por unos juguetes que solo sirven de diversion á su edad, en la que los ódios y rencores pueriles solo se fundan en unas bagatelas que solamente la infancia y falta de razon aumenta á su vista. Estos viven tranquilos en medio de los mayores y mas funestos sucesos, de la pérdida del patrimonio de sus padres, de la ruina de su familia, y sienten vivamente el que los quiten los frívolos objetos que sirven de diversion á su niñez. De este modo, ¡oh Dios mio! los hombres insensatos y pueriles no sienten la pérdida de

su patrimonio celestial, de aquella inmortal herencia que les dejó Jesucristo, y de la que ya gozan sus hermanos en el cielo; miran con tranquilidad la pérdida del reino de Dios y de los verdaderos bienes, y se enfurecen unos contra otros, como niños, cuando se llega á sus pueriles diversiones, y cuando los quitan los juguetes que no tienen mas valor que para engañar su débil razon y para servir de divertimento á su niñez.

Luego el interés es para el cristiano un pretexto indigno y culpable del ódio á sus prójimos; pero aun admite menos excusa la vanidad, que es la última raiz.

Porque, católicos, nosotros queremos que nuestros defectos sean aplaudidos y aprobados como si fueran virtudes, y aunque conozcamos nuestras flaquezas, somos tan injustos que queremos que no las vean los demás y que nos alaben ciertas cualidades que nosotros nos reprendemos á nosotros mismos como vicios. Quisiéramos que los hombres no abriesen la boca sino para publicar nuestras alabanzas, y que el mundo, que á nadie perdona, que no disimula aun á sus soberanos, admirase en nosotros lo que en los demás censura.

A la verdad, os quejais de que vuestro enemigo os ha desacreditado en público y en secreto, que á la calumnia ha añadido la murmuracion, que os ha tocado en lo mas vivo y sensible, y que no ha omitido diligencia alguna para quitaros el honor y la reputacion con los hombres.

Pero antes de responderos os podia decir desde luego: Dudad siempre de lo que os cuentan que ha dicho vuestro prójimo, porque las mas inocentes conversaciones llegan siempre á nuestra noticia emponzoñadas por la malicia de las lenguas por donde pasan. Hay muchos aduladores indignos que quieren agradar á costa de los que no agradan.

Hay muchos espíritus viles y perversos que solo se deleitan en descubrir mal donde no le hay y en ver reinar la discordia entre los hombres. Hay muchos génios indiscretos é inconsiderados que refieren, sin ser del caso y con un tono malicioso, lo que solo se habia dicho antes con inocente intencion. Hay muchos hombres naturalmente ponderativos, en cuya boca todo crece, todo se aumenta, todo excede los límites de la verdad sencilla y natural. No quiero mas testigos que á vosotros mismos. ¿No os ha sucedido alguna vez que hayan dado siniestro sentido á vuestras mas inocentes conversaciones y añadido á ellas algunas circunstancias que no os habian pasado por el pensamiento? ¿no os quejásteis entonces de la injusticia y de la maldad de la relacion? ¿pues por qué no habreis podido ser engañados en la que os han necho? Si lo que pasa por tantos conductos se altera regularmente y nunca llega á nosotros como se dijo en el principio, ¿por qué habeis de querer que solamente las conversaciones que se dirigen á vosotros, estén libres de este destino y merezcan mas atencion y creencia?

Me respondereis sin duda que aquí no vienen estas máximas generales, pues los hechos de que os quejais no son dudosos. Está muy bien; pero os pregunto: ¿vuestro prójimo no tiene las mismas quejas de vosotros? ¿han hallado en vosotros sus defectos mas indulgencia y caridad? ¿habeis hecho siempre justicia á sus buenas prendas? ¿habeis impedido el que se hable mal de él en vuestra presencia? ¿no habeis contribuido á la malignidad de estas conversaciones con una fingida moderacion y con unas medias palabras, que solo sirvieron de encender el fuego de la detraccion y de dar armas contra vuestro prójimo? Os pregunto: ¿habeis usado de esa circunspeccion con los demás hombres?

¿os habeis compadecido de las flaquezas ajenas? ¿no está siempre vuestra lengua bañada de hiel y ajenjos? ¿no ha corrido siempre peligro entre vuestras manos la reputacion mas bien fundada? ¿los lances mas funestos y secretos no se hacen públicos inmediatamente por vuestra malicia é imprudencia? ¡Oh hombre! ¡y qué delicado eres en lo que mira á tu propia persona! Nosotros necesitamos valernos de todo el terror de nuestro ministerio y de los mas poderosos motivos para persuadirte á que perdones á tu prójimo una sola conversacion ó una palabra que acaso dijo por descuido, por casualidad, movido de la ocasion ó de un justo sentimiento; ¿y la libertad de tus conversaciones para con los demás no ha de conocer ni aun los límites de la cortesía y buena crianza que prescribe el mundo?

Quiero concederos que en nada faltais á la moderacion que debeis tener con vuestro prójimo. ¿Pero qué haceis con aborrecerle? ¿borrais con eso las siniestras impresiones que pudieron dejar sus dichos en el espíritu de los demás hombres? Haced una nueva llaga en vuestro corazon y os atravesais vosotros mismos un puñal que da la muerte á vuestra alma; le quitais la espada de sus manos, si es lícito decirlo así, para atravesaros vosotros con ella. Hacednos ver en la inocencia de vuestras costumbres y en la integridad de vuestra conducta, la injusticia de sus dichos. Disipad con una vida irreprochable las ideas que puede haber dado contra vosotros. Haced con las virtudes opuestas á los vicios que os imputa, que caiga sobre él la bajeza y la iniquidad de sus calumnias. Este es el modo justo y lícito de vengaros. Triunfad de su malicia con vuestras costumbres y con vuestro silencio. De este modo pondreis, como dice la Escritura, carbones encendidos sobre su cabeza; el público se pondrá de vuestra parte, á

vuestro enemigo no le quedará mas que la vergüenza de sus excesos é imposturas. Pero el aborrecerle es venganza de cobardes, es el triste consuelo de los culpados; en una palabra, es el recurso de aquellos que no le pueden hallar en la virtud y en la inocencia.

Pero finalmente, dejemos todas estas razones y vamos al punto esencial. Se os manda que ameís á los que os maltratan y calumnian, que rogueís por ellos, que pidais á Dios que los convierta, que mude su perverso corazon, que los inspire pensamientos de paz y de caridad y que los coloque en el número de sus santos. Se os manda que los mireis anticipadamente como á ciudadanos de la Jerusalem celestial, con los que habeis de bendecir eternamente las riquezas de la divina misericordia, reunidos con ellos en el seno de Dios, participando de su misma felicidad, formando con ellos una misma voz para cantar las alabanzas inmortales de la gracia. Se os manda que mireis las injurias como beneficios, como castigo de vuestros ocultos pecados por los que tantas veces habeis merecido ser confundidos en la preseecia de los hombres, y como premio del reino de Dios, el que solo está prometido á los que sufrén con piedad las persecuciones y calumnias.

Porque finalmente, es preciso venir á parar en esto. El amor propio bastaria para amar á los que nos aman, á los que nos alaban y á los que publican nuestras virtudes falsas ó verdaderas. En esto consistia, dice Jesucristo, toda la virtud de los paganos: *Nam et ethnici hoc faciunt.*¹ Pero la religion pasa mas adelante, quiere que amemos á los que nos aborrecen y despedazan; á este precio quiere que compremos las misericordias de Dios, y nos declara que

¹ Math. 5. v. 47.

no podemos esperar perdon para nosotros si no perdonamos á nuestros prójimos.

Y á la verdad, decidme, ¿cómo quereis que Dios olvide los delitos y los horrores de toda vuestra vida, y que se muestre insensible á los ultrajes que tantas veces habeis hecho á su gloria, cuando al mismo tiempo vosotros no podeis olvidar ni aun una sola palabra ofensiva; cuando al mismo tiempo sois tan vivos, tan delicados, tan furiosos en orden á los intereses de vuestra fama; cuando acaso gozais de una reputacion que jamás habeis merecido, y estaríais cubiertos de una eterna confusion si os conocieran por lo que sois; en una palabra, cuando ni aun las mas injuriosas conversaciones no descubren la mitad de las ocultas miserias de que sois culpables en la presencia de Dios? ¡Oh, Señor! ¿qué pocas excusas os podrán alegar los pecadores cuando pronuncieis contra ellos la sentencia de su eterna condenacion!

Acaso me direis que estais convencidos de las obligaciones que os impone la religion en este punto. Pero en vosotros han vencido las leyes del honor á las de la religion; que si sufrís con paciencia algunas palabras y algunas acciones de cierta naturaleza, quedareis afrentados para siempre con los hombres; que el perdonar una ofensa por motivo de religion es una cobardía y una mancha, á la que nunca perdona el mundo, y que en este particular no conoce el honor excepcion ni privilegio.

¿Qué honor es este, católicos, que no podeis comprarle sino á costa de vuestra alma y de vuestra eterna salvacion? ¿Qué dignos sois de lástima si no podeis libertaros de la ignominia sino á costa de un pecado! Bien sé que en este punto parece que las falsas leyes del mundo vencen á las de la religion, y que aun los mas prudentes, en medio de